

*Assalamu alaykum**

Esta historia transcurre en la Península Ibérica, en las postrimerías del primer milenio. Se basa en hechos que la historiografía y la arqueología tienen como fidedignos, en una época de grandes convulsiones, con el epicentro político-militar situado en Córdoba, capital del califato omeya de al-Andalus.

Se ha recurrido asimismo a algunos personajes de aquel tiempo, sobre todo al famoso Almanzor, a S. Rosendo, al conde Munio Viegas (fundador de la familia Ribadouro, ascendente de Egas Moniz, ayo del primer rey de Portugal) y a su hermano, al obispo Sisenando, a Gonçalo Mendes y a su hijo Mendo Gonçalves (condes mayores del Condado Portucalense), y a hechos que marcaron una época, como las razias a Santiago de Compostela y a San Millán de la Cogolla.

Para su elaboración, ha sido necesaria una investigación intensa de fuentes, sobre todo secundarias, y se ha seguido de cerca a algunos de los autores más documentados.

Este libro no hubiera sido posible sin la ayuda de un conjunto de personas, amigos y familiares, que, de manera directa o indirecta, contribuyeron con su apoyo o estímulo a que saliera del limbo.

También es acreedora de mi aprecio la casa Porto Editora, por el fantástico equipo que dispuso para esta edición, así como por haber creído en el proyecto.

Finalmente, una palabra para aquellos que apostaron por *La esclava de Córdoba*: el profesor Adalberto Alves, por su nota introductoria y por la desprendida y dedicada manera que, desde la distancia, me ayudó; a Pedro Sena-Lino, por lo que me enseñó, apoyó y escribió; a la profesora Maria de Fátima Marinho, por las palabras que me entusiasmaron y, por

* Expresión árabe que significa «Que la paz (o la salvación) sea contigo».

supuesto, a José Rodrigues dos Santos, por el prólogo y, sobre todo, por los perspicaces consejos de quien ya es un maestro en contar buenas historias.

A todos vosotros: *Assalamu alaykum!*

Paço de Sousa, Penafiel, 25 de abril de 2008

Alberto S. Santos

Prólogo

Por José Rodrigues dos Santos*

Cada día llegan a mis manos decenas de manuscritos de autores noveles que desean conocer mi opinión sobre su trabajo. Ninguno me sorprendió tanto como *La esclava de Córdoba*.

La novela transcurre en el siglo x y, en esta ópera prima, Alberto S. Santos ya nos muestra un destacado dominio de las técnicas narrativas. El libro tiene un inicio fuerte y se apoya en una investigación excelente; llegan a impresionar los conocimientos de que dispone el autor sobre la época en la que discurre la acción.

Sobre todo, hay una línea clara por lo que respecta al hilo argumental, lo cual redundará enormemente en beneficio del lector. La ficción se integra a la perfección en los acontecimientos históricos de la época y nos transporta, en un viaje en el tiempo, al Condado Portucalense y a al-Andalus, la Iberia musulmana.

La esclava de Córdoba es, de alguna manera, una lección de historia, en particular sobre los acontecimientos inmediatamente anteriores a la formación de Portugal como país. Es como si nos sumergiéramos en el enorme crisol en el que la nacionalidad portuguesa se fue formando, no siempre a fuego lento, un crisol en el cual nuestra raíz árabe se revela más fuerte de lo que solemos pensar.

La novela nos permite pasear por aquel Portugal primigenio y nos muestra el choque de culturas y mentalidades entre cristianos y musulmanes.

A través de estas páginas iremos a la Viseu y la Santarem islámicas y pasaremos por la Lisboa árabe de las medinas y los minaretes. Daremos un salto hasta Silves y Faro, visitaremos Fez (norte de África) y conoceremos la esplendorosa Córdoba.

* Escritor y periodista

Leer esta novela me ha recordado *El viaje de Baldassare*, de Amin Maalouf. En ella encontramos el mismo gusto por el detalle y lo pintoresco; es un libro escrito con tanta alma que desearemos siempre leer la página siguiente.

Nota introductoria

Por Adalberto Alves*

El periodo romántico, con su gusto por lo exótico, fue responsable, a partir del siglo XIX, de la oleada arabófila que surgió en todos los ámbitos estéticos.

Portugal no escapó a esa corriente que Alexandre Herculano introdujo en el dominio de la historiografía y a la cual dio continuidad en su obra de ficción.

De los palacetes de estilo árabe a la ópera y la poesía, nombres como Alfredo Keil, Garret, Gonçalves Crespo, Soares de Passos, Serpa Pimentel, João Lúcio o Cândido Guerreiro, por ejemplo, han dado expresión a esta sensibilidad. Y, partiendo de las leyendas populares moriscas, intentaron recuperar un pasado y una tradición ancestral limitada a una condición meramente mítica por la obnubilación voluntaria de las fuentes.

Aunque a esa corriente de fondo, sentimental y estética, no se correspondió, como todavía sucede hoy, un empeño político en el sentido de valorar el rico legado islámico, mediante la renovación y el desarrollo académico de estudios en este campo.

A pesar de que surgieron arabistas de gran calado, como David Lopes, ello no fue suficiente para motivar a sucesivos gobiernos que, por prejuicios religiosos o por simple indiferencia, dejaron Portugal, hasta la actualidad, al margen del gran florecimiento de los estudios árabes en todo el ámbito europeo, para gran perjuicio para el país.

Con el consulado estadonovista, y el consecuente aislamiento diplomático, las relaciones con el mundo árabe quedaron en el puro limbo.

* Escritor, poeta y conferenciante. Ha presentado comunicados en diversas instituciones, básicamente en universidades, en Portugal, en la Unión Europea y en países árabes. Tiene una vasta obra publicada, en la que destacan los trabajos que dedicó al sufismo y a la poesía luso-árabe, algunos de los cuales forman parte de las obras de referencia, extranjeras y nacionales, de esta especialidad. En 2008 fue distinguido por la UNESCO con el premio Sharjah para la cultura árabe.

A partir del 25 de abril, al abrirse las puertas del Magreb y del Oriente Medio, cabía esperar que, finalmente, la gran complicidad histórica y étnica entre portugueses y árabes se abriría camino en los programas universitarios, con la correspondiente aparición de licenciaturas académicas en estudios árabes e islamistas. ¡Pura ilusión!

En este campo seguimos, aún hoy, como hace siglos.

Los tímidos «progresos» hechos se deben tan sólo a los esfuerzos aislados de muy pocos especialistas que apenas contaban, a veces, con el apoyo de algunos municipios.

Y fue precisamente de este trabajo aislado del que surgió, a partir de finales del siglo pasado, un cierto renacimiento de revisión de lo árabe, sobre todo en el ámbito de la ficción.

Así se pueden citar a título tan sólo de ejemplo, en el campo de la novela, obras como *Historia del cerco de Lisboa* (1989), de José Saramago; *Xequé ao Rei Capelo* (2003), de Sousa Dinis; *O Cavaleiro e a Moura* (2004), de Lima Soares; *O Cavaleiro da Águia* (2005), de Fernando Campos, y *Al-Gharb 1146* (2005), de Alberto Xavier.

Precisamente en esta línea de revisión de nuestro pasado árabe, en el ámbito de la novela, se inscribe la presente obra de Alberto S. Santos. Y, tratándose de ficción, no es menos cierto que incorpora una labor tenaz en el sentido del rigor histórico, por lo que respecta a las líneas maestras del periodo que retrata y a la impresionante descripción de los escenarios en los que se mueven los personajes.

El autor traza un seductor cuadro con numerosas variantes, huyendo de la tentación maniqueísta en la visión del periodo analizado, el final del califato de Córdoba.

La obra, que sigue felizmente los caminos de la novela histórica, sazona con una dosis de erudición una trama en la que no faltan momentos mágicos, a la manera del realismo fantástico.

Y así, reconfortante para quienes se sienten fascinados por la Edad Media, tiempo de luz y espiritualidad que no de tinieblas, como vulgarmente se dice, ve surgir un autor portugués más que, con talento, contribuye a rescatar del olvido la época de oro que fue, en nuestro territorio, la de Gharb al-Andalus.

PRIMERA PARTE

SOL MENGUANTE

I

Palacioli, Paço de Sousa, Anégia, año 997

«¡**H**a llegado la hora!»
Se despertó abruptamente, mucho antes de que la campana anunciara maitines, y se levantó con aquella convicción hendida en el corazón. Ouroana estaba convencida de que había llegado finalmente el momento de cumplir la divina misión para la que había sido llamada. Desde su minúscula celda, situada en la parte trasera del monasterio, oía a la perfección los lamentos de dolor, angustia y espanto de los hombres y las mujeres con quienes compartía la vida, y aun los gritos de guerra entonados en una lengua extraña en aquella tierra, y que ella tan bien conocía, la de los seguidores de Mahoma.

Tampoco tardó en padecer el olor a humo y a fuego, ni a toser por el hollín que entraba por la estrecha tronera de su austero aposento. Aquella imprevista luz anaranjada tenía su origen en la iglesia, donde crecían llamaradas que consumían con rapidez la madera y quebrantaban la estructura de piedra del monasterio dedicado a san Salvador¹, en Paço de Sousa, territorio de Anégia, Condado Portucalense, en el reino de León.

«No..., no se trata de una misión... ¡Es el fin! ¡Protégenos, Señor! ¡Perdóname, Cristo, todos los pecados, porque ha llegado mi hora!», pensó al darse cuenta del infierno que la rodeaba, mientras se vestía con urgencia su hábito.

De repente, aquello para lo que se había preparado, la misión que le había sido anunciada con vistas a su salvación, le parecía una visión sin sentido.

—¡No era, pues, Cristo aquel hombre de blanco! —murmuró, angustiada. Sus pensamientos se emborronaban ante el ruido cada vez más

1. Así se llamaban en la Edad Media las iglesias bajo la advocación del propio Cristo. Más recientemente, las advocaciones pasaron a ser hechas al «Salvador».

estremecedor que le llegaba de todas partes: los ensordecedores bramidos en la lengua de los árabes se mezclaban con los llantos desesperados y los lamentos de los hermanos y las hermanas del monasterio, y con el tropel de los caballos que rodeaban el edificio. Una luz de fuego lo consumía y proyectaba horripilantes sombras en los muros. ¡Cuán diferente era aquella aurora de otras de su vida! Pero había algo que aún la afligía más: se desvanecía la certeza que albergaba en su corazón desde la primavera del año anterior y con la cual se había despertado momentos antes.

No les costó demasiado a dos hombres enjutos, de tez morena, nariz curvada, barba larga y vestidos de negro, abrir la puerta de la celda, apenas asegurada con un pestillo de madera. La señal de la cruz no tuvo ningún efecto mágico ni milagroso. Sí se mostraron más convincentes las espadas y las dagas de los sarracenos: desgarraron el sueño que la había llevado a aquel lugar. Con las armas dirigidas hacia su cuello, su pensamiento se perdía, difuso, en la historia de su vida. Se había acostado convencida de que era portadora de una misión divina y se despertaba con la angustia de la muerte frente a sus ojos.

Se vio sujeta por los dos desconocidos y arrastrada en dirección a la puerta y a lo largo del pasillo que conducía al acceso a los claustros. Todas las celdas estaban ya abiertas. En las que no estaban vacías, yacían cuerpos caídos entre la sangre. Estaban muertos o moribundos por haberse negado a salir, por haber luchado o, al ser viejos, por haber sido liquidados sin más para no dar trabajo.

Después de sacarla por la puerta principal del monasterio, llevaron a Ouroana junto al riachuelo² que corría por las inmediaciones y la empujaron al lugar en el que se encontraban ya algunos de los trémulos compañeros de infortunio. El terror marcaba los rostros de quienes habían sobrevivido al pillaje y a la acción de los musculosos soldados. Los pusieron a todos junto a la orilla y allí asistieron a un espectáculo hediondo. Las llamas, animadas por el calor que a aquellas horas de un día a finales de julio del año 997 ya se dejaba sentir consumían, voraces, el edificio al que la joven novicia había confiado su vida. Sonó un gran estruendo, capaz de acallar por unos instantes la algarabía de los asaltantes y de

2. Referencia al actual riachuelo de Gamuz, que, en la Edad Media, también dio en llamarse Egamuz (se supone que por referencia al Pazo de Egas Moniz, el ayo de don Alfonso Henriques, que vivió cerca de un siglo más tarde).

asustar, aún más, a los afligidos clérigos. Acababa de caer la campana de la iglesia, para gozo de algunos de los exuberantes soldados, que alzaban sus espadas en dirección al cielo al tiempo que invocaban a Alá.

Transcurridos unos momentos —cortos según el ciclo del tiempo, pero que parecían interminables para aquellos desamparados apostados a lo largo del pequeño curso de agua—, apareció, montado en un elegante caballo color canela, vestido con finos brocados verdes y con una *bayda*³ metálica que le protegía la cabeza, un hombre de edad ya avanzada y que parecía el jefe de aquel ejército.

Ouroana miró alrededor y contó, como poco, cerca de tres decenas de cautivos. Pensó que faltaban otros tantos. Allí se encontraban los más jóvenes.

Levantando la voz, un joven caballero árabe ordenó en su lengua materna, después de bajar de su montura:

—¡Todos de rodillas para recibir a *al-sayiid* y *al-malik al-karim*⁴ del califato de Córdoba, el gran al-Mansur!

La sangre de la novicia se heló en cada una de sus tensas venas y arterias. Conocía mejor que cualquier otro cristiano de los que allí se encontraban la fama del jefe de las tropas árabes, aquel al que los seguidores de Cristo consideraban el impío y sanguinario Almanzor. Llamado así porque se había mostrado imbatible en las batallas que había liderado desde que asumiera el mando político y militar de las huestes oriundas del califato de Córdoba.

De hecho, Muhammad Abiamir —su verdadero nombre— ocupaba desde 978 el cargo de *hajib*, primer ministro de los omeyas. Había alcanzado su primera victoria importante como comandante militar en 977, cuando invadió con éxito el reino de León, y a partir de entonces pasó a aterrorizar los lugares por los que pasaba durante sus constantes incursiones estivales. Saqueó, mató, destruyó y desvalijó todo lo que encontró a su paso, y puso especial atención a la humillación y la profanación de los santuarios de la cristiandad. Concentraba en su persona todos los poderes, eclipsando al joven califa Hisham II. Aunque en ese extremo occidental de la península se creía que no volvería, pues se concentraba en la zona central de León y en Castilla. ¡Había quedado claro que no era así!

3. Casco semiesférico para proteger la cabeza.

4. «Señor y noble rey», título con el que se autodenominaba Almanzor en 996.

A Ouroana le extrañó que los monjes no reaccionaran a las órdenes del jinete, hasta que comprendió que sólo ella entendía la lengua de los árabes. Para no llamar la atención, decidió que tampoco acataría de inmediato aquellas instrucciones. Pero la misma orden resonó enseguida y en perfecta lengua romance —la hablada en las tierras que creían que Jesús era el verdadero hijo de Dios—, pronunciada por quien tenía el cargo de intérprete del ejército islámico. Y la reacción fue distinta: la novicia entrevió los rostros abatidos de los suyos, conscientes de lo que se les venía encima. Todos obedecieron con prontitud.

Almanzor hizo avanzar su alazán hasta la orilla del río, donde estaba arrodillado el primero de los monjes, y se paseó lentamente ante cada uno de ellos. Paraba junto a algunos cautivos, sobre todo junto a las mujeres. Con la espada los obligaba a levantar la cabeza y hacía comentarios al joven jinete que lo seguía a pie. La punta de la espada heló la barbilla de Ouroana. Abatida, levantó la cabeza y vio cómo un color negro arrebatado ahogaba el azul celeste que sus ojos vislumbraban hasta ese momento. Los de Almanzor crecían en espanto, al tiempo que se dibujaba en su cara una misteriosa sonrisa. Agarró su barba bien recordada con la mano izquierda y, con la derecha, levantó la *bayda*. Alisó despacio sus largos cabellos blancos y volvió a cubrirse la cabeza, mientras con el dedo índice de la mano derecha se rascaba una arrugada cicatriz que le cruzaba la mejilla. El frío metal descendió ligeramente y acarició sin prisa los firmes senos de la joven indefensa, que se escondían debajo de un hábito que había sido blanco y negro y que en aquel momento más parecía el atuendo de un mendigo. El hollín, las cenizas y el polvo lo desfiguraban por completo.

La mano amarillenta del comandante árabe hizo subir la espada, que rozó ligeramente la oreja derecha de Ouroana y llegó a alcanzar su frente. A continuación la bajó un poco y la introdujo por debajo del velo negro que completaba su hábito monacal. Movió el metal hasta que dio con la lámina perpendicular, en lo alto de la cabeza, y con un movimiento brusco y fuerte lo rasgó, liberando así una larga y encantadora cabellera rubia.

—Mmmm... ¡Qué hermosos cabellos! Me recuerdan algo o a alguien... Parecen un ondulante campo de trigo de al-Andalus —comentó Almanzor, dejándose llevar por el agradable efecto que producía en él la visión de aquella mujer de piel blanca y brillante. Los ojos del árabe se abrieron aún más y sus labios pasaron de dibujar una sonrisa a descri-

bir un círculo—. Que el Todo Misericordioso me perdone, pero es mucha belleza junta en una infiel. Ciertamente será una esclava cotizada en los mercados de Córdoba para el harén de un piadoso y rico musulmán—aseguró el poderoso comandante, aún intrigado con la fugaz idea de haber visto en algún lugar aquel rostro.

Detrás de él, un soldado sonrió, mordaz, mientras manifestaba asentimiento con un ademán de la cabeza y miraba a la novicia con mal contenida lascivia.

La expresión de Ouroana reflejaba la rabia que ardía en su interior. No evitó una serie de pestaños ni logró contener el descontrol de los latidos de su corazón. Volvió a pensar en aquel sueño que le describía su misión. Y mientras contemplaba cómo Almanzor y su secuaz seguían la inspección de los allí arrodillados, por su mente cruzaba un torbellino de ideas e imágenes sin sentido claro: ya se veía muriendo bajo la espada de un árabe y, empapada en sangre, siendo tirada al río, huyendo y siendo perseguida por las tropas islamistas, o bien salvando al mundo del infiel enemigo al frente de un ejército cristiano.